

# La pregunta poética

Marc Dominicy

Muchas veces, si le pregunto a Fulano qué día es, intento conseguir que Fulano me diga la fecha; además, expreso el deseo de que Fulano me la diga. Sin embargo, los deseos que expreso no son siempre deseos de verdad. Puedo preguntarle a Fulano qué día es porque quiero recordarle lo despistado que suele estar. En tal caso, intento conseguir –y deseo– que Fulano, tratando de contestarme, se dé cuenta de que ni siquiera sabe en qué día estamos. Ahora, si ocurre que Fulano no se ha olvidado de la fecha de hoy y me da la respuesta que no me esperaba, el fracaso de mi intento– el hecho de que mi deseo no sea satisfecho –puede permanecer tan secreto como el fin que yo procuraba conseguir. Basta que cada uno siga interpretando mi pregunta como un intento de conseguir que Fulano me diga en qué día estamos, y como la expresión de mi deseo de que Fulano me diga qué día es<sup>1</sup>.

Al lado de las preguntas sinceras (donde nuestro intento público y el deseo que expresamos públicamente concuerdan con nuestro intento y deseo personal), y de las preguntas insinceras (donde nuestro intento público y el deseo que expresamos públicamente no concuerdan con nuestro intento y deseo personal), existe una categoría más interesante, cuya peculiaridad consiste en una insinceridad sincera –una sinceridad de segundo grado<sup>2</sup>. Quizás Fulano y yo vivamos desde hace mucho tiempo abandonados en un islote del Pacífico, sin reloj ni calendario. Si le pregunto a Fulano qué día es, está claro que no intento conseguir de él que me lo diga;

<sup>1</sup> *Me fundo aquí en la teoría de John Searle, Intentionality. An Essay in the Philosophy of Mind, Cambridge, Cambridge University Press, 1983. Véase también el libro que Searle escribió con Daniel Vanderveken, Foundations of Illocutionary Logic, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; así como Vanderveken, Les actes de discours. Essai de philosophie du langage et de l'esprit sur la signification des énonciations, Lieja/Bruselas, Pierre Mardaga, 1988; Meaning and Speech Acts. Volume I: Principles of Language Use. Volume II: Formal Semantics of Success and Satisfaction, Cambridge, Cambridge University Press, 1990-1991. Sin embargo, discrepo de Searle y Vanderveken en lo que atañe al estado mental expresado, que es una intención para ellos, y para mí un simple deseo; cfr. Nathalie Franken y Marc Dominicy, «Épidictique et discours expressif», La mise en scène des valeurs. La rhétorique de l'éloge et du blâme, comp. por M. Dominicy y M. Frédéric, Lausana/París, Delachaux et Niestlé, 2001, pp. 79-106.*

<sup>2</sup> *Cfr. H. Paul Grice, Studies in the Way of Words, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1989.*

quiero indicar –asertivamente– que ni Fulano ni yo podemos decir qué día es, ya que no lo sabemos. Esto no impide que se mantenga el deseo expresado: seguimos anhelando muchas cosas cuyo cumplimiento creemos imposible<sup>3</sup>.

Como es sabido, Paul de Man, al comentar unos versos de Yeats («*Among School Children*»):

O chestnut-tree, great-rooted blossomer,  
Are you the leaf, the blossom or the bole?  
O body swayed to music, O brightening glance,  
How can we know the dancer from the dance?

observa que la última pregunta acepta dos interpretaciones: una que de Man llama «literal», donde la voz poética intenta conseguir (y expresa el deseo de) que alguien le diga cómo distinguir al danzante de la danza; otra que de Man llama «figurada» o «retórica», donde la voz poética comunica un contenido asertivo: el texto significa entonces que no hay modo de distinguir al danzante de la danza<sup>4</sup>. En su glosa crítica a de Man, Carlos Piera<sup>5</sup> defiende la postura interpretativa del lector «ingenuo», que «dice que es “verdadero” el texto de Yeats; dice, por tanto, que no lo está percibiendo al modo de una imagen ambigua (ahora así, ahora de otro modo) y que sus dos sentidos o “modos” podrán ser contradictorios, pero no determinan una incompatibilidad» (p. 68). El pato-conejo de Wittgenstein lo vemos como un pato o un conejo, nunca como un pato y un conejo, o como algo que se encontraría entre pato y conejo; una oración ambigua –por ejemplo: «Conozco todos los bancos de Madrid»– no la podemos entender, al mismo tiempo, con sus dos sentidos, o darle una interpretación donde quedarían neutralizados los rasgos mutuamente incompatibles de dichos sentidos<sup>6</sup>. Si

<sup>3</sup> En términos técnicos, un acto expresivo sustituye entonces al acto directivo del que se deriva «ilocutivamente». Véanse los trabajos mencionados en nota 1, así como Marc Dominicy y Nathalie Franken, «Speech Acts and Relevance Theory», *Essays in Speech Act Theory*, comp. por D. Vanderveken y S. Kubo, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins («Pragmatics and Beyond» Series, NS 77), 2002, pp. 263-283.

<sup>4</sup> Cfr. Paul de Man, *Allegories of Reading. Figural Language in Rousseau, Nietzsche, Rilke and Proust*, New Haven/Londres, Yale University Press, 1979, capítulo 1: «Semiology and Rhetoric».

<sup>5</sup> Carlos Piera, *Contrariedades del sujeto*, Madrid, Visor («La balsa de la Medusa», 60), 1993, capítulo 4: «La pregunta retórica».

<sup>6</sup> Véase Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, edición de G.E.M. Anscombe y R. Rhees, Oxford, Blackwell, 1953; *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*, edición de C. Barrett, Oxford, Blackwell, 1967; *Remarks on the Philosophy of Psychology*, edición de G.H. von Wright, G.E.M. Anscombe y H. Nyman, Oxford, Blackwell, 1980, 2 vols.; *Last Writings on the Philosophy of Psychology*, edición de G.H. von Wright y H. Nyman, Oxford, Blackwell, 1982, 2 vols.

tiene razón Piera, las interpretaciones diferenciadas por de Man podrán convivir en una sola experiencia hermenéutica en la que la «contradicción» entre lo «literal» y lo «retórico» funcione como un componente de un sentido unitario.

En el análisis de Paul de Man, la pregunta «literal» se ofrece como un intento de cambiar el mundo (ya que el mundo cambiaría si alguien dijese cómo distinguir al danzante de la danza), y la pregunta «retórica» como un intento de describirlo. El que intenta conseguir o hacer algo lo desea o bien de manera absoluta, o bien de manera solamente condicional —si, como consecuencia de otro deseo, llega a desear algo que no desearía de manera absoluta<sup>7</sup>. En ausencia de cualquier indicación de que el deseo sea solamente condicional, se supone que es absoluto. Por eso, la pregunta implica, en el verso de Yeats, la expresión de un deseo absoluto, tanto en su interpretación «literal» como en su interpretación «retórica»: deseo de que alguien resuelva cierto problema, o deseo de captar por medio de una fórmula lingüística la certidumbre de que este problema no tiene solución. Entre el intento «literal» de cambiar el mundo y el intento «retórico» de comunicar asertivamente que tal cambio no se deja concebir, existe lo que Piera llama «una incompatibilidad»; de modo que la experiencia hermenéutica del lector «ingenuo» debe pasar por alto la dimensión intencional del enunciado, que tanto importa en la conversación ordinaria<sup>8</sup>. Pero el deseo «literal» y el deseo «retórico», a pesar de ser «contradictorios», no son «incompatibles»: no hay nada irracional en desear lo que creemos imposible, en declarar imposible lo que deseamos<sup>9</sup>. La dicotomía interpretativa que postulaba de Man desaparece en el nivel «expresivo» del enunciado, donde sólo importan los estados mentales que la voz poética se atribuye a sí misma.

En el *Cancionero apócrifo* de Antonio Machado<sup>10</sup>, el «inventor de una Máquina de cantar», Juan de Mairena, compara una estrofa de Jorge Manrique:

<sup>7</sup> Sobre la noción de «deseo condicional», cfr. Dominicy y Franken, «Speech Acts and Relevance Theory» (véase note 3).

<sup>8</sup> En la conversación ordinaria, actuamos para conseguir ciertos fines, cuya existencia y naturaleza se manifiestan a todos los protagonistas del intercambio lingüístico. No podemos prescindir del nivel intencional, que nos permite integrar la producción de enunciados en estrategias más complejas. El nivel expresivo sólo nos importa si nos ayuda a entender las metas que persigue el hablante.

<sup>9</sup> En nuestra sociedad monogámica es irracional la intención de casarse con Pedro y de casarse con Juan, pero no lo es el deseo de casarse con ambos. Véanse, por ejemplo, Georg Henrik von Wright, *Explanation and Understanding*, Ithaca (N.Y.)/Londres, Cornell University Press/Routledge & Kegan Paul; Donald Davidson, *Essays on Actions and Events*, Oxford, Clarendon Press, 1980.

<sup>10</sup> Antonio Machado, *Poesía y prosa*. Tomo II: *Poesías completas, edición crítica de O. Macrì con la colaboración de G. Chiappini*, Madrid, Espasa-Calpe (Fundación Antonio Machado), 1989, pp. 698-700.

¿Qué se hicieron las damas,  
sus tocados, sus vestidos,  
sus olores?

¿Qué se hicieron las llamas  
de los fuegos encendidos  
de amadores?

¿Qué se hizo aquel trovar,  
las músicas acordadas  
que tañían?

¿Qué se hizo aquel danzar,  
aquellas ropas chapadas  
que traían?

con un soneto de Calderón cuyo primer cuarteto dice:

Éstas que fueron pompa y alegría  
despertando al albor de la mañana,  
a la tarde serán lástima vana  
durmiendo en brazos de la noche fría.

«Todo el encanto del soneto de Calderón –si alguno tiene– estriba en su corrección silogística. La poesía aquí no canta, razona, discurre en torno a unas cuantas definiciones [...] Manrique [...] no pretende saber nada [...] La emoción del tiempo es todo en la estrofa de don Jorge; nada, o casi nada, en el soneto de Calderón». No hace falta compartir la opinión negativa de Mairena-Machado acerca del barroco literario español para intuir la diferencia de tono poético que él apunta aquí. El *Ubi sunt?* de Manrique puede expresar a la vez el deseo «literal» de que alguien le diga a la voz poética dónde están las damas, sus tocados, sus vestidos,..., y el deseo «retórico» de expresar la certidumbre de que dicha tarea no se puede cumplir; tal mezcla de «contrarios» no se mantendría en el nivel intencional. En cambio, ningún criterio de racionalidad nos impide que reduzcamos el texto asertivo de Calderón a un intento de describir el mundo –aunque esa postura hermenéutica no daría cuenta, a mi parecer, de la riqueza formal del soneto.

¿Tendrá razón, pues, Carlos Piera? Dos estados mentales «compatibles», si bien de contenidos «contradictorios», pueden convivir en una mente racional. Sin embargo, nada, en los textos de Yeats o de Manrique, impone tal convivencia. ¿Por qué preferir, entonces, la interpretación unitaria (necesariamente expresiva) de estos versos? Sabemos que la relevancia de un enunciado o de un texto depende, en proporción directa, del número y de la diversidad de los estados mentales que el interpretante